

HISTORIAS DE TAMMERLANE

de Federico Tarántola

presenta...

EL ARTE DE SABER REÍR ÚLTIMO

A CHARLES DICKENS

Era Navidad, afuera nevaba, y dentro de la casa del viejo Scrooge, el fuego estaba encendido.

Los tres hombres se ubicaron en los bellos y osados sillones de pana, todos balancearon sus copas de brandy.

- Tengo un cuento. Un cuento de Navidad, amigos. – dijo el dueño de casa, deleitándose en la comodidad de su hogar y en el sabor de su puro.

- De qué se trata? – preguntó uno de los ancianos amigos.

- Se trata de una mujer. Una mujer que se estaba volviendo loca. Pero le dio una buena patada a este Sistema de mierda.

Uno de los viejos se puso de pie de inmediato, y algo eufórico replicó:

- Por qué hablas así de este Sistema? Si justamente es el mismo que te hace y nos hace ricos.

- Por si no lo sabían. Este Sistema apesta! - dijo el viejo de la casa, y se puso de pie de inmediato, para posicionarse desafiante delante de su amigo. – Este Sistema es una puta mierda, que no sirve más que para oprimir desde miserables puestos de trabajo. Este Sistema de mierda, genera idiotas consumidores de máquinas, maquinitas, productos, subproductos, y multimierda!

- Repito: de eso vivimos. – insistió el viejo, entrando en el juego.

- Yo creo que le robo. Le robo al Sistema. Es más, me animo a decirlo: no soy de los de ustedes. Yo fui pobre, muy pobre, demasiado pobre. Viví en la calle, borracho, sucio, cagado, comiendo porquerías, basura... - y miró al vacío con ira, señalándolo con su copa - ... Me acuerdo de esas putas pensiones...!

Cuando volvió en sí, sus amigos estaban cuchicheando entre sí.

- Creo que nos tenemos que ir, Scrooge. – finalmente dijo el viejo que discutía de pie. – No nos está gustando tu tono, y queremos terminar la noche en paz.

- Creo que les asusta el hecho de que haya sido pobre. Imposible: entre un grupo de selectos viejos de mierda, jamás podría existir un linyera como yo, con todos mis diabólicos ideales sociales... los que ustedes jamás tuvieron ni tendrán!. – los apuntó con su puro, uno por uno, ida y vuelta – Ustedes son la verdadera Mierda del Sistema. Porque ustedes nacieron de él, y no saben otra cosa más que servirle... servirle a ese plan de ese Nadie Invisible, el Amo de la Idiotez de todo Tammerlane.

- Te estás pasando... - advirtió otro de los viejos.

- Me voy. – dijo el tercero, y se puso de pie, para encaminarse a su saco.

Fue cuando el dueño de casa pegó un alarido al aire, lanzó la copa a un costado, tiró el puro al piso, lo pisoteó, y se volvió enfurecido a los tres visitantes.

- Nadie se va una mierda, dije! Me escucharon? Sí – o – No?!

El silencio general heló las carnes de los hombres. El fuego en el hogar pareció consumirse.

- Van a escuchar el cuento o no?! – insistió el anfitrión.

Silencio.

- Sí – y sacó un arma entre sus ropas – o No?

Un ahogado Sí.

- Pues bien. – y adoptó una postura amistosa, risueña, teatral. – Viene a cuento una mujer de hace muchos años atrás, en épocas que como bien dije, fui linyera. Fue en ese lugar donde se me acercó... - recordándola en el techo – Todos los días me dejaba una moneda de cincuenta centavos y me saludaba con una sonrisa perfecta. Teníamos la misma edad, 32. Y el amor que sentí por su belleza me pareció inalcanzable. Yo estaba del otro lado, fundido, solo, sin familia, y tan borracho como para no poder gesticularle un hola. Puede sonar gracioso, pero la depresión y el alcohol te dejan mudo. Por esa época, con el único que hablaba en voz alta era conmigo mismo.

Dejó el suspenso en el aire, y se viró para tomar otra copa de la barra y servirse un nuevo trago, en este caso fue ron con hielo y limón.

Volvió al centro del lugar con el arma apuntando a los tres invitados. Continuó su texto.

- Hasta que un buen día, la descubrí saliendo de su trabajo, hablando sola. Lo único que pude hacer fue tomarla del brazo y traerla hacia mí. Cuando la tuve adelante mío, le rogué en un par de palabras, que no se vuelva loca. Mi miedo a la locura después de hablar solo me había llevado a buscar la salvación de ella, la que quizás venía cantando. – y sonrió como un galán. – La verdad, no le erré. Mas allá que ella se asustó por mi actitud, me entendió, y me contempló. – gracioso. – La podría haber invitado a cualquier lado... el problema era que me había olvidado la tarjeta de crédito y las llaves del coche en la caja de cartón donde vivía. – un trago. – Pero empezamos a caminar... no sé por qué. Nadie caminaba al lado mío, salvo algunos linyeras casuales. Jamás nadie limpio, sano,... parte de esa careta de este Sistema. Menos que menos una mujer. Entonces supe que nadie la escuchaba. Nadie. Todo su sufrimiento estaba guardado en su estómago, y a veces afloraba hablando sola, o en llantos en el baño. – un silencio. – Y la escuché. Escuché su sacrificio a su trabajo, su dedicación, su devoción. Pero el miedo: miedo a ser despedida, a la calle, a la pobreza. Y entre medio, el maltrato, el abuso, el típico jefe hijo de puta que no sólo ordenaba, sino que tiraba de esas piolas para abastecer a su ego, manejando y enfermando mentalmente a su títere... ella. – bebió un largo trago. – Y de la nada tuve una idea para que pelee y gane. Podría haberle aconsejado que se rebele, que haga valer sus derechos, que denuncie... Pero no. Simplemente le dije que actúe. El plan era el siguiente: hacerse pasar por loca. Le pedí que hable sola, que simule tics, que pegue gritos inesperados, que se desmaye, que deje de bañarse... Cuando se vea lo suficientemente loca, la misma empresa que la había hundido moralmente, debería abonarle un buen dinero por insanidad. Lo hizo. Ella me escuchó y actuó. Yo también le hice caso. Me pidió que vuelva a ser alguien. Y en paralelo a que ella cobraba su montaña de dinero, conseguí mi primer

trabajo. Por una simple caus... casualidad del destino, nos volvimos a cruzar una Navidad, y nos contamos los hechos afortunados. Nos casamos para Mayo de hace algunos años, y como comprenderán, son los restos de ella los que enterré la Navidad pasada, tras enviudarla por la maldita enfermedad.

Agachó la cabeza, la extrañó, y la dejó estallar en su palpitante corazón.

- De ese matrimonio surgió mi sociedad con ella: emprendimos muchos negocios con el dinero que ganábamos mientras saboteábamos empresas injustas. Conseguimos poder, la revancha de este Sistema de mierda, y generamos empresas y empleos humanos para la gente.

- Quién... sos? – se atrevió a preguntar, el intrigado primer anciano.

- Muy buena esa pregunta. Ahora veo que me tienen miedo. Y en verdad, tienen que tenerlo. Durante todos estos años, puse mis tácticas más la audacia, fue destruyendo a mucho de ustedes para Liberar a Tammerlane, siempre a disposición de los trabajadores.

- Si nuestro Sistema es un Idiotizador Inexistente, el tuyo a qué responde?

- Responde a la Dignidad. Simplemente a eso. Ustedes no sólo exprimen y ganan para sus bolsillos empachados, sino que le quitan todo el sentido que tiene el esfuerzo y la dignidad. Y sin dignidad no hay vida. - y apuntó al estómago de los tres ancianos, de uno a otro y otro.– Cada uno de ustedes me quitó la dignidad, y de una forma y otra, me convirtieron en linyera. Cada uno de ustedes hoy está acá, no por una cena de colegas empresariales, sino por lo que me hicieron Navidades atrás.

- Qué hicimos?!

- Vos! – le dijo al primer anciano. - me divorciaste de mi primer mujer, la infiel, y me sacaste lo poco que tenía. Me convertiste en pobre. – giró - Vos! – y señaló al segundo anciano - me tomaste en esa maldita fábrica que comandabas, la primera de todas las que te ibas a hacer a costa de la sangre de los obreros. Y me convertiste en nadie. – al último. - Y vos! Fuiste el comisario que mandó a incendiar el pensionado de gente de la calle, en donde me hice esta cicatriz. Y me oculté con vergüenza.

Y el anciano mostró el cuello, el cual siempre había tratado de ocultar. En su carne desfiguraba, se retorció una inmensa aorta llena de ira que desplegaba una herida hasta la cintura.

- Cuando mi mujer le ganó al de los de su clase, me prometí llegar hasta ustedes...– pausa, sonrisa, ironía. – El tema que con ustedes es mucho más personal que con el resto...

Acto seguido, disparó en el estómago del primer viejo, en el pecho del segundo, y en la cara del tercero.

Y se volvió a la ventana, para contemplar esa bella nieve que caía en las calles de una Navidad Victoriana en el Pueblo de Tammerlane.

FIN